

Al don Pirulero

ANA MARÍA MACHADO

Ilustraciones de Sol Díaz



Colección Planeta Azul

- © Del texto: Ana María Machado, 2017 Diseño de colección
© De las ilustraciones: Sol Díaz, 2018 María de los Ángeles Vargas T.
Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen
- © Editorial Planeta Chilena S.A., 2018 Ninguna parte de esta publicación,
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8, incluido el diseño de la portada,
Providencia, Santiago de Chile. puede ser reproducida, almacenada
www.planetalector.cl o transmitida en manera alguna ni
www.planetadelibros.cl por ningún medio, sin permiso previo
por escrito del editor.
- Primera edición en Chile | diciembre 2018 **El libro original protege el trabajo
ISBN | 978-956-9962-64-6 del autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes
el delito de la piratería.**
- Impreso en Chile / Printed in Chile

En la vereda, y escondiéndose por los fon-dos de las casas del barrio, un grupo de chicos y chicas jugaba después de comer.

El que pasaba por ahí a esa hora podía oír-los cantando:

—Al don, al don, al don Pirulero...

—Cada cual, cada cual atiende su juego...

—Y el que no, y el que no... —

¡Una penitencia tendrá! Entonces,

uno de los chicos decía: —¿Y qué tenemos que hacer? Y otro

respondía, por ejemplo:

—Bueno, que cada uno imite a un animal sin ruido...

En un instante se callaron todos. Los chicos enmudecieron. Cada uno con sus recuerdos.

Al cabo de un rato, comenzaron a cumplir la consigna. El primero fue Ariel, que se puso a hacer morisquetas mientras se rascaba la panza y la cabeza, un poco agachado pero siempre de pie.

—¡Muy bueno, Ariel! —dijo Lucas—. Tu mo-no es muy gracioso. Fuiste el primero, así que ya ganaste.

—Entonces ahora me toca a mí elegir qué tienen que hacer ustedes —dijo Ariel.

—Sí, pero espera un poquito, que todavía faltan los demás. Mira a Tito, haciéndose el gallo.

Tito estaba muy gracioso. Agitaba los brazos y sacaba pecho, abriendo la boca como si fuera a cantar, pero en silencio, sin dejar es-capar ningún sonido.

—Y Lucía parece una pata... —señaló Ariel.

—Pero una pata medio rara. ¿Qué es, Lucía? —preguntó Lucas.

—Es una pata clueca, ¿no se dan cuenta?

—¡Más que clueca, parece chueca! —bromeó Ariel.



Los chicos se rieron de la broma de Ariel, de la pata desgarrada, del gallo mudo, de todo. Y después miraron a la otra niña. A Nita. Que seguía ahí parada, todo el tiempo de lo más quieta. Solo los miraba con los ojos brillantes y cara burlona y divertida, como conteniendo la risa.

Entonces Lucas le preguntó:

—¿Qué pasa, Nita? ¿Por qué no haces nada? ¿No quieres jugar o no sabes qué animal hacer?

Con una risita, Nita le contestó:

—Así que no lo descubrieron, ¿eh? No se dieron cuenta de nada... ¿Será posible que na-die lo adivine?

Se quedaron mirándola, sin entender nada de nada. Y ella continuó:

—Yo ya gané, porque soy la única que es-tá haciendo realmente lo que había que hacer. Estoy imitando a una animal que no hace rui-do. Piénsenlo bien, usen la cabeza. El mono es un animal muy escandaloso; se lo pasa sal-tando de rama en rama, chillando de acá para allá... Así, miren...

Y Nita se puso a dar unos chillidos muy có-micos, muy desafinados.

—El gallo también —continuó, mirando a Tito—. Hace un ruido terrible, aunque bien en-tonado. En cuanto asoma el día, ahí empieza con su canturreo...

Miró a Lucía mientras agregaba:

—¡Y la pata clueca, con todo ese cua-cua-cua! ¡Ni que fuera una castañuela!... ¡Casi más ruidosa que una motocicleta!

Enseguida los demás empezaron a protestar.

Y a explicarle:

—Pero nadie hizo ruido, Nita.

—¿Ah, sí? ¿De veras? Pero tampoco nadie imitó a un animal sin ruido, como pidió Lucas... La única fui yo. Y no imité a uno solo; hice un montón.

Fue en ese momento cuando todos protes-taron. Murmurando y casi al mismo tiempo, dijeron:

—¡Tú no hiciste nada!

—¡Te quedaste todo el tiempo ahí parada!

—No inventes, Nita. ¡Ni te moviste!

Entonces Nita se puso a explicar:

—¡Lo que pasa es que ustedes no saben descubrir a un animal que no hace ruido y se queda parado! Está el bicho palo... Está la ostra... Y todas las clases de mariscos... O la boa después de llenarse la panza...

Los chicos comenzaron a mirarse entre sí, desconfiados, sin saber qué decir. Nita no pa-raba de hablar:

—Y algo más. Además, yo gané porque fui la primera. Mientras todos ustedes pensa-ban, yo ya estaba cumpliendo con la con-signa. Ya antes de que Ariel empezara a imitar al mono. En el mismo momento en que Lucas terminó de hablar, yo ya estaba ha-ciendo de bicho palo, ostra, marisco, caballo dormido, oso hibernando, boa digiriendo, tortuga dentro del caparazón... todo eso al mismo tiempo. O sea, animales sin ruido de verdad, no esos intentos de ustedes. La que ganó fui yo.

Lucas volvió a explicarle:

—No entendiste, Nita. No había que hacer a un animal sin ruido. Era la imitación lo que tenía que ser sin ruido.

—Pero no fue eso lo que dijiste —insistió ella.

Lucía decidió intervenir en la discusión:

—Terminemos con esta conversación sin sentido y sigamos con el juego. El que ganó fue Ariel. Ahora tiene que elegir él.

Tito les recordó:

—Pero todavía falta cobrarle la penitencia a Nita, porque ella no cumplió con la consigna. Se quedó todo el tiempo parada.

Los demás aprobaron:

—¡Sí, eso!

—La penitencia es una palmada. Dame la mano.

Nita no le hizo caso.

—Miren, chicos —les dijo—, no quiero ponerme pesada. Si todos creen que Ariel debe ganar, por esta vez no voy a pelear. Pero de

una cosa estoy segura: la que ganó fui yo. Y además no soy tonta. Si me vas a pegar, no pienso darte la mano.

—Bueno, Nita, no molestes —le pidió Tito—. Ya sabes que no duele; es solo una palmada jugando. ¡Siempre lo hacemos así! El primero que cumple la consigna elige la que sigue, y el que no la cumple se aguanta la palmada.

—¡Es apenas un golpecito suave en la ma-no! —insistió Ariel—. ¡No duele nada!

—¡No, no y no! —porfió Nita—. Ya sé que es un juego y que no duele. Pero sí cumplí la consigna y la hice bien, aunque a mi manera.

Lucía estaba perdiendo la paciencia. —

¿Vamos a seguir mucho tiempo con esto? Dentro de poco tendremos que volver a nuestras casas, y todavía casi no jugamos. ¡Nos lo pasamos hablando!...

Lucas la apoyó:

—Sí, continuemos. Está bien, Nita... Por esta vez no te damos la palmada. Sigamos jugando. Ariel, te toca a ti.